



## ACTO PRIMERO

La escena representa un salón en casa de don Julián. En el fondo una gran puerta; más allá, un pasillo transversal; después, la puerta del comedor, que permanece cerrada hasta el final del acto.—Á la izquierda del espectador, en primer término, un balcón; en segundo término, una puerta.—A la derecha en primero y segundo término, respectivamente, dos puertas.—En primer término, á la derecha, un sofá; á la izquierda, una pequeña mesa y una butaca. Todo lujoso y espléndido. Es de día, á la caída de la tarde.

### ESCENA PRIMERA

TEODORA y DON JULIÁN. Teodora, asomada al balcón; don Julián, sentado en el sofá y pensativo

TEOD.    ¡Hermosa puesta del sol!  
          ¡qué nubes, qué luz, qué cielo!  
          Si en los espacios azules  
          está el porvenir impreso,  
          como dicen los poetas  
          y nuestros padres creyeron;  
          si en la esfera de zafir  
          escriben astros de fuego  
          de los humanos destinos  
          el misterioso secreto,  
          y es esta espléndida tarde  
          página y cifra del nuestro,  
          ¡qué venturas nos aguardan,

qué porvenir tan risueño,  
cuánta vida en nuestra vida,  
cuánta luz en nuestro cielo!  
¿No es verdad? (Dirigiéndose á don Julián.)

Pero, ¿qué piensas?

Ven, Julián, mira aquel lejos.  
¿No me contestas?

JULIÁN

(Distraído.)

¿Qué quieres?

TEOD.

(Acercándose á él.)

¿No me escuchaste?

JULIÁN

El deseo

siempre está donde estás tú,  
que eres su ímán y su centro;  
pero á veces, importunos,  
acosan al pensamiento  
preocupaciones, cuidados,  
negocios...

TEOD.

De que reniego,  
pues de mi esposo me roban  
la atención, si no el afecto.  
Pero, ¿qué tienes, Julián? (Con sumo cariño.)

Algo te preocupa, y serio  
debe ser, pues hace rato  
que estás triste y en silencio.  
¿Tienes penas, Julián mío?

Pues las reclama mi pecho,  
que si mis dichas son tuyas,  
tus tristezas yo las quiero.

JULIÁN

¿Penas? ¡siendo tú dichosa!  
¿Tristezas? ¡cuando poseo  
de todas las alegrías  
en mi Teodora el compendio!  
En mostrando tu semblante,  
de la salud de tu cuerpo  
como fruto, esas dos rosas,  
y tus ojos ese fuego,  
que es el resplandor del alma  
que se extiende por dos cielos;  
en sabiendo, como sé,  
que yo solo soy tu dueño,  
¿qué tristezas ni qué penas,  
ni qué sombras, ni qué duelos  
pueden impedirme ser,

del corazón hasta el centro,  
el hombre más venturoso  
que existe en el universo?  
¿Y tampoco son disgustos  
de negocios?

TEOD.

JULIÁN

El dinero

no me hizo perder jamás  
ni el apetito ni el sueño,  
y como siempre le tuve,  
no aversión, mas sí desprecio,  
él se vino hacia mis arcas  
sumiso como un cordero.  
Y fui rico, y rico soy,  
y hasta que muera de viejo,  
don Julián de Garagarza,  
en Madrid, Cádiz y el Puerto,  
gracias á Dios y á su suerte,  
será, Teodora, el banquero,  
si no de mayor fortuna,  
más seguro y de más crédito.  
Pues bien, entonces, ¿por qué  
estabas hace un momento  
tan preocupado?

TEOD.

JULIÁN

Pensaba,

y pensaba en algo bueno.

TEOD.

No es maravilla, Julián,  
siendo tuyo el pensamiento.

(Con mimo.)

JULIÁN

¡Lisonjera! ¡No me adules!

TEOD.

Pero sepa yo qué es ello.

JULIÁN

Quería encontrar remate  
para cierta obra de mérito.

TEOD.

¿Para la fábrica nueva?

JULIÁN

No es obra de piedra y fierro.

TEOD.

¿Pero es?...

JULIÁN

De misericordia  
obra, y de lejanos tiempos  
deuda sagrada.

TEOD.

(Con alegría natural y espontánea.)

Ya sé.

JULIÁN

¿Sí?

TEOD.

Pensabas en Ernesto.

JULIÁN

Acertaste.

TEOD. ¡Pobre chico!  
Bien hacías. ¡Es tan bueno,  
tan noble, tan generoso!  
JULIÁN Todo á su padre: ¡modelo  
de lealtad y de hidalguía!  
TEOD. ¡Vaya! ¡Y de mucho talento!  
Veintiséis años... ¡Y saber  
¿Qué sé yo?... ¡Si es un pudento!  
JULIÁN ¿Si sabe? ¡Pues ahí es nada!  
Y ese es el mal: porque temo  
que allá, perdido en sublimes  
esferas su pensamiento,  
no sepa andar por el mundo,  
que es prosaico y traicionero,  
y no se paga jamás  
de sutilezas de ingenio  
hasta tres siglos después  
de habérselas dicho el muerto.  
TEOD. En teniéndote por guía...  
porque tú, Julián... ¿no es cierto?  
no piensas abandonarle.  
JULIÁN ¡Abandonarle! Muy negro  
era menester que fuese  
el corazón que en el pecho  
me late, para que yo  
olvidase lo que debo  
á su padre. Por el mío  
arriesgó don Juan de Acedo  
nombre, caudal y la vida  
acaso. Si ese mancebo  
necesita de mi sangre,  
que la pida, que la tengo  
siempre dispuesta á pagar  
deudas del nombre que llevo.  
TEOD. ¡Bien, Julián! ¡Ese eres tú!  
JULIÁN Tú lo viste: me dijeron  
hace un año, ó poco más,  
que el buen don Juan era muerto,  
y que su hijo en la miseria  
quedaba, y faltóme tiempo  
para meterme en el tren,  
ir á Gerona, cogerlo  
casi á la fuerza, hasta aquí

volver con él, y en el centro  
de esta sala colocarle  
y decirle: «Eres el dueño  
de lo mío, que ya es tuyo,  
porque á tu padre lo debo.  
Si quieres, amo serás  
de esta casa, ó cuando menos  
por segundo padre tenme,  
que si no alcanzo al primero  
por lo mucho que valía,  
tras él voy con el deseo;  
y en cuanto á quererte... ¡vaya!  
quién es más, allá veremos.»  
TEOD. Es verdad: eso dijiste:  
y el pobre... como es tan bueno,  
rompió á llorar como un niño  
y colgósete del cuello.  
JULIÁN Es un niño, dices bien,  
y pensar en él debemos  
y en su porvenir. Y ahí tienes  
por qué preocupado y serio  
me viste ha poco, buscando  
forma y modo á lo que pienso  
hacer por él, mientras tú  
me brindabas con un bello  
panorama, y un celaje,  
y un rojo sol, que desdeño,  
desde que brillan dos soles  
más puros en nuestro cielo.  
TEOD. Pues no adivino tu idea.  
¿Lo que piensas por Ernesto  
hacer?  
JULIÁN Tal dije.  
TEOD. ¡Pues cabe  
hacer más de lo que has hecho!  
Hace un año vive aquí  
con nosotros, como nuestro.  
Ni aun cuando hijo tuyo fuese,  
ni mi propio hermano siendo,  
le mostraras más cariño,  
ni en mí hallara más afecto.  
JULIÁN Está bien, pero no basta.  
TEOD. ¿Que no basta? Pues yo creo...

JULIÁN Tú piensas en lo presente  
y yo en lo futuro pienso.

TEOD. ¿Lo futuro? ¿El porvenir?  
Pues fácilmente lo arreglo.  
Mira: vive en esta casa  
cuanto quiera, años enteros,  
como suya, pues es claro:  
hasta que allá, con el tiempo,  
por ley justa y natural,  
se enamore y le casemos.  
Entonces de tu fortuna  
le entregas con noble empeño  
una buena parte; vanse  
á su casa desde el templo  
*ella y él*; que el refrán dice,  
y yo á su razón me atengo,  
*que el casado, casa quiere*,  
y no porque vivan lejos  
hemos de olvidarle nunca  
ni hemos de quererle menos.  
Y ya lo ves: son felices;  
nosotros más, por supuesto.  
Tienen hijos: ¿quién lo duda?  
¡Nosotros más!... ¡Por lo menos  
(Con mimo.)  
una niña!... Se enamoran  
ella y el hijo de Ernesto  
y se casan...

(La volubilidad, el gracejo, los matices de este parlamento quedan encomendados al talento de la actriz.)

JULIÁN ¡Pero adónde  
vas á parar, justo cielo! (Riendo.)

TEOD. Hablabas del porvenir,  
y este porvenir te ofrezco;  
que si no es este, Julián,  
ni me gusta, ni lo acepto.

JULIÁN Es como tuyo, Teodora.  
Pero...

TEOD. ¡Ay, Dios! ya tiene un pero.

JULIÁN Mira, Teodora, nosotros  
pagamos lo que debemos  
al amparar á ese joven  
desdichado como á deudo,

y á la obligación se agregan  
exigencias del afecto,  
que vale tanto por sí  
como por hijo de Acedo.  
Pero en toda acción humana  
siempre hay algo de complejo;  
siempre hay dos puntos de vista,  
y siempre tiene un reverso  
la medalla. Con lo cual  
decirte, Teodora, quiero,  
que en este caso son casos,  
más que contrarios, diversos  
el de dar y recibir  
protección y que me temo  
que al fin le sepan mis dones  
á humillación por lo menos.  
El es noble, y es altivo,  
y casi, casi, soberbio,  
y á su situación, Teodora,  
es forzoso hallarle término.  
Hagamos por él aún más,  
y finjamos hacer menos.

TEOD. ¿De qué modo?

Vas á ver...

JULIÁN Pero él viene. (Mirando hacia el fondo)

TEOD. Pues silencio.

## ESCENA II

TEODORA y DON JULIÁN, ERNESTO por el fondo

JULIÁN Bien venido.  
ERN. Don Julián...

Teodora...  
(saluda como distraído y se sienta junto á la mesa,  
quedando pensativo.)

JULIÁN ¿Qué tienes? (Acercándose á él.)

ERN. Nada.

JULIÁN Algo noto en tu mirada,  
y algo revela tu afán.  
¿Tienes penas?

ERN. ¡Desvarío!

JULIÁN ¿Tienes disgustos?  
 ERN. Ninguno.  
 JULIÁN ¿Acaso soy importuno?  
 ERN. ¡Usted importuno! ¡Dios mío!  
 (Levantándose y acercándose á él con efusión.)  
 No; su cariño le inspira;  
 su amistad es su derecho,  
 y lee dentro de mi pecho  
 cuando á los ojos me mira.  
 Algo tengo, si señor;  
 pero todo lo diré.  
 Don Julián, perdone usted;  
 y usted también, ¡por favor! (A Teodora.)  
 Yo soy un loco, y un niño,  
 y un ingrato; en puridad,  
 ni merezco su bondad,  
 ni merezco su cariño.  
 Yo debiera ser dichoso  
 con tal padre y tal hermana,  
 y no pensar en mañana,  
 y, sin embargo, es forzoso  
 que piense. La explicación  
 me sonroja... ¿No me entienden?..  
 Sí, sí; que ustedes comprenden  
 que es falsa mi situación.  
 De limosna vivo aquí. (Con energía.)  
 Esa palabra...  
 TEOD. Teodora...  
 ERN. Nos ofende.  
 TEOD. Sí, señora,  
 ERN. dije mal; pero es así.  
 JULIÁN Y yo te digo que no.  
 Si de limosna, y no escasa,  
 alguien vive en esta casa,  
 ese no eres tú; soy yo.  
 ERN. Conozco, señor, la historia  
 de dos amigos leales,  
 y de no sé qué caudales  
 de que ya no hago memoria.  
 A mi padre le hace honor  
 rasgo de tal hidalguía;  
 pero yo la mancharía  
 si cobrase su valor.

Yo soy joven, don Julián,  
 y aunque es poco lo que valgo,  
 bien puedo ocuparme en algo  
 para ganarme mi pan.  
 ¿Será esto orgullo, ó manía?  
 No lo sé, y el tino pierdo;  
 pero yo siempre recuerdo  
 que mi padre me decía:  
 «Lo que tú puedas hacer,  
 »á nadie lo has de encargar;  
 »lo que tú puedas ganar,  
 »á nadie lo has de deber.»  
 JULIÁN De modo que mis favores  
 te humillan y te envilecen;  
 tus amigos te parecen  
 importunos acreedores.  
 TEOD. Usted discurre en razón;  
 usted sabe mucho, Ernesto;  
 pero mire usted, en esto  
 sabe más el corazón.  
 JULIÁN Esa altivez desdeñosa  
 no mostró mi padre al tuyo.  
 TEOD. La amistad, según arguyo,  
 era entonces otra cosa.  
 ERN. ¡Teodora!  
 TEOD. Es su noble afán.  
 (Por don Julián.)  
 ERN. Es cierto, soy un ingrato;  
 ya lo sé, y un insensato;  
 perdone usted, don Julián.  
 (Profundamente conmovido.)  
 JULIÁN ¡Su cabeza es una fragua!  
 (A Teodora, refiriéndose á Ernesto.)  
 TEOD. ¡Si no vive en este mundo!  
 (A don Julián, lo mismo.)  
 JULIÁN Eso sí, sabio y profundo,  
 y se ahoga en un charco de agua.  
 ERN. ¡Que de esta vida no sé, (Tristemente )  
 ni hallo en ella mi camino!  
 Es verdad; más lo adivino,  
 y tiemblo no sé por qué.  
 ¡Que en las charcas de este mundo,  
 como en alta mar me anego!

Me espantan más, no lo niego,  
mucho más que el mar profundo.  
Hasta el límite que marca  
suelta arena el mar se tiende;  
por todo el espacio extiende  
emanaciones la charca.  
Contra las olas del mar  
luchan brazos varoniles;  
contra miasmas sutiles  
no hay manera de luchar.  
Y yo, si he de ser vencido,  
que no humilla el vencimiento,  
en el último momento  
sólo quiero, y sólo pido,  
ver ante mí, y esto baste,  
al mar que tragarme quiera,  
á la espada que me hiera  
ó á la roca que me aplaste.  
A mi adversario sentir,  
su cuerpo y su furia ver,  
y despreciarle al caer,  
y despreciarle al morir.  
Y no aspirar mansamente,  
mi pecho, que se dilata,  
el veneno que me mata  
esparcido en el ambiente.

JULIÁN. ¿No te dije? ¡Perdió el seso! (A Teodora.)

TEOD. Pero, Ernesto, ¿á dónde vamos?

JULIÁN. Con el caso que tratamos,  
¿qué tiene que ver todo eso?

ERN. Que al verme, señor, aquí,  
amparado y recogido,  
lo que he pensado he creído  
que piensan todos de mí:  
que al cruzar la Castellana  
en el coche con ustedes,  
con Teodora ó con Mercedes  
al salir una mañana,  
al ir á su palco al Real,  
al cazar en su dehesa,  
al ocupar en su mesa  
de diario el mismo sitio,  
aunque á su optimismo pese,

el caso es, señor, que todos,  
con estos ó aquellos modos,  
se preguntan: ¿Quién es ese?  
¿Será su deudo? ¡No tal!  
¿Su secretario?—Tampoco.  
¿Su socio?—Si es socio, poco  
trajo á la masa social.  
Eso murmuran.

JULIÁN. Ninguno.

Eso sueñas.

ERN. Por favor...

JULIÁN. Pues venga un nombre.

ERN. Señor...

JULIÁN. Me basta sólo con uno.

ERN. Pues lo tienen á lá mano:  
está en el piso tercero.

JULIÁN. ¿Y se llama?

ERN. Don Severo.

JULIÁN. ¿Mi hermano?

ERN. Justo: su hermano.

¿No basta? Doña Mercedes,  
su noble esposa y señora.

¿Más? Pepito. Conque ahora  
á ver qué dicen ustedes.

JULIÁN. (Con enojo.)

Pues digo, y juro, y no pecho,  
que *él*, más que severo es raro;  
que *ella* charla sin reparo,  
y que el chico es un muñeco.  
Repiten lo que oyen.

ERN. Nada:

JULIÁN. esas son cavilaciones.  
Donde hay nobles intenciones,  
y á la gente que es honrada  
le importa poco del mundo,  
cuanto el murmurar más recio,  
más soberano el desprecio,  
y más grande y más profundo.

ERN. Eso es noble, y eso siente  
todo pecho bien nacido;  
pero yo tengo aprendido  
que lo que dice la gente  
con maldad ó sin maldad,

según aquel que lo inspira  
 comienza siendo mentira  
 y acaba siendo verdad.  
 ¿La murmuración que cunde  
 nos muestra oculto pecado,  
 y es reflejo del pasado  
 ó inventa el mal y lo funde?  
 ¿Marca con sello maldito  
 la culpa que ya existía,  
 ó engendra la que no había  
 y da ocasión al delito?  
 El labio murmurador,  
 ¿es infame, ó es severo?  
 ¿es cómplice, ó pregonero?  
 ¿es verdugo, ó tentador?  
 ¿remata, ó hace caer?  
 ¿hiere por gusto, ó por pena?  
 y si condena, ¿condena  
 por justicia, ó por placer?  
 Yo no lo sé, don Julián:  
 quizá las dos cosas son:  
 pero el tiempo y la ocasión  
 y los hechos lo dirán.

JULIÁN

Mira, no entiendo ni jota:  
 esas son filosofías,  
 ó mejor dicho, manías,  
 conque tu ingenio se agota;  
 pero, en fin, tampoco quiero  
 afligirte ni apurarte.  
 ¿Quieres, Ernesto, crearte,  
 independiente y severo  
 una posición honrada  
 por tí solo? ¿no es así?  
 Don Julián...

ERN.  
 JULIÁN  
 ERN.  
 JULIÁN

Responde. Sí.  
 (Con alegría.)  
 Pues la tienes alcanzada.  
 Me encuentro sin secretario,  
 de Londres me brindan uno,  
 pero no quiero ninguno,  
 más que un ser estafalario  
 (Con tono de cariñosa reconvencción.)  
 que su pobreza prefiere,

su trabajo y sueldo fijo,  
 como cualquiera, á ser hijo  
 de quien por hijo le quiere.  
 Don Julián...

ERN.  
 JULIÁN

Pero exigente  
 (Con tono de cómica severidad.)  
 y hombre de negocios soy,  
 y mi dinero no doy  
 nunca de balde á la gente.  
 Y he de explotarte á mi gusto,  
 y he de hacerte trabajar,  
 y en mi casa has de ganar  
 únicamente lo justo.  
 Diez horas para el tintero,  
 despierto al amanecer,  
 y contigo voy á ser  
 más severo que Severo.  
 ¡Esto serás ante el mundo!  
 víctima de mi egoísmo...  
 ¡pero, Ernesto, siempre el mismo  
 de mi pecho en lo profundo!  
 (Sin poder contenerse, cambiando de tono y abriendo-  
 le los brazos.)  
 (Abrazándole.)  
 ¡Don Julián!...

ERN.

JULIÁN  
 ERN.

¿Aceptas?  
 Sí.

TECD.  
 ERN.  
 JULIÁN

Haga de mí lo que quiera.  
 Al fin domaste la fiera. (A don Julián.)  
 ¡Todo por usted! (A don Julián.)

Así:  
 así te quiero. Ahora escribo  
 á mi buen correspondiente:  
 le doy, como es natural,  
 las gracias, y que concibo  
 el mérito extraordinario  
 del inglés, de que hace alarde;  
 pero que ha llegado tarde,  
 porque tengo secretario.  
 (Dirigiéndose á la primera puerta de la derecha.)  
 Eso ahora... pero andar  
 deja al tiempo... ¡Socio luego!  
 (Volviéndose y fingiendo que habla con misterio.)